

## La Misión Compartida

Gonzalo Fernández Sanz C.M.F.  
España

*La misión compartida crea, finalmente, una familia espiritual. Todos los que caminan juntos hacia Dios se sienten vinculados como hermanos y hermanas, no como socios de un club o como miembros de un comité. Esta es una de las experiencias que con más gozo viven los laicos que han comenzado a participar de la misión de Jesús según el patrimonio carismático de algunos institutos religiosos. Seguramente, este sentido de familia responde también a una necesidad humana de «pertenencia fuerte» en el seno de nuestras sociedades fragmentadas, en las que se dan muchas «pertenencias débiles».*

## INTRODUCCIÓN

Hoy se habla de «misión compartida» en muchos ámbitos: en el mundo científico, en los círculos empresariales y, por supuesto, en la iglesia. Se habla tanto que no resulta fácil saber dónde estamos y hacia dónde nos dirigimos. Antes de preguntarnos qué significa esto y qué implicaciones tiene para nosotros, quiero expresar dos sentimientos. Reconozco que mi reflexión sobre este tema se ha abierto camino derrotando un temor y dando curso a una esperanza.

El *temor* tiene que ver con la tiranía de la moda. A veces tengo la impresión de que en la iglesia, como en la sociedad, padecemos una enfermiza propensión a poner nombres nuevos a las cosas, como huyendo de una realidad que nos quema, o nos cansa, o nos aburre. Durante el tiempo posterior al Concilio hablamos de «renovación». Era la palabra talismán. Luego empezamos a hablar de «refundación»; ahora, en los últimos años, de «misión compartida». He examinado los documentos de varios Capítulos Generales celebrados recientemente y en casi todos se utiliza esta expresión. En algunos, incluso, la «misión compartida» ha sido el tema central. Antes de que nos dé tiempo a desarrollar un planteamiento y a articular sus cauces pedagógicos, se nos vienen encima otros en una cascada imparable. El resultado es una suerte de obesidad que desorienta a los ancianos, no atrae demasiado a los

jóvenes y sólo parece justificarse por el consumismo formativo de los de mediana edad.

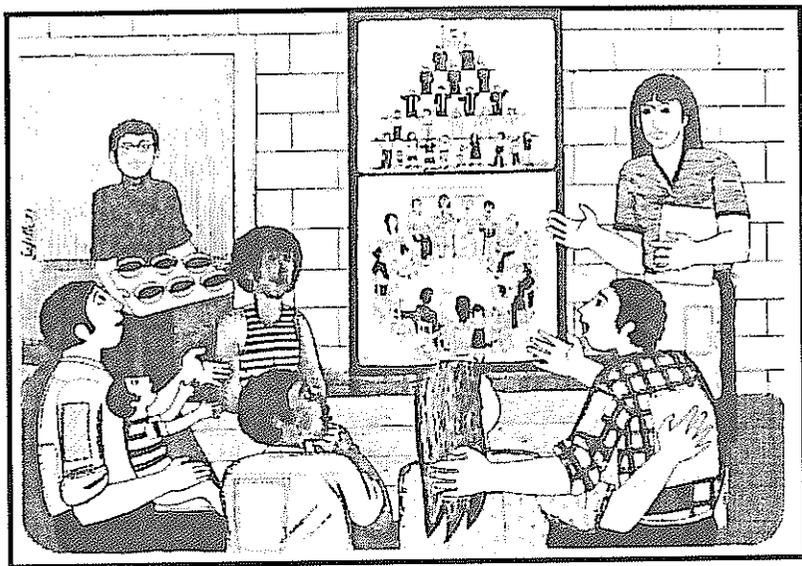
Registrado el desahogo, paso ahora a presentar mi *esperanza*. Esta surge de algunas experiencias vividas en contacto con religiosos y laicos en diversas partes del mundo. He tenido la suerte de ver de cerca «laboratorios de misión compartida» que me han ayudado a hacerme preguntas, a percibir señales de futuro y a poner nombre a problemas.

En este artículo nos preguntaremos qué es la misión compartida (primera parte) y qué implicaciones puede tener para nosotros (segunda y tercera partes).

## ¿QUÉ ES LA MISIÓN COMPARTIDA?

### 1. Un nuevo lenguaje para una nueva realidad

«Misión compartida» es una expresión nueva dentro del lenguaje de la iglesia. Los adjetivos que hemos dado al sustantivo «misión» en los años posconciliares han sido otros: evangelizadora, salvadora, salvífica, liberadora, profética, apostólica, eclesial, *ad gentes*, parroquial, popular, urbana, misión laical o de los laicos, carismática, presbiteral, misión de todo el pueblo de Dios, de la Iglesia, misión universal, misión educativa, misión específica o peculiar... Sólo en estos últimos años hemos comenzado a hablar de «misión compartida».



Esta nueva perspectiva no es una mera ocurrencia. Tiene su sentido. Nos preguntamos, entonces, ¿a qué se debe este nuevo adjetivo? ¿Qué hace necesaria esta forma de hablar?

El adjetivo «compartida» añadido a la palabra «misión» nos centra en un aspecto sumamente importante de la vida actual de la iglesia: que la misión es mucho más eficaz y creíble, cuando es realizada por una orquesta de carismas, y no cuando es llevada a cabo por individualidades; que solo entonces la misión tiene el rostro, la configuración que Jesús soñó para ella. La iglesia lo ha reconocido en estos últimos años. En todos los Sinodos de Obispos dedicados a las diversas formas de vida cristiana, se ha puesto de relieve la necesidad de colaborar todos en la misión: laicos, ministros ordenados, consagrados. La iglesia sabe que la diversidad de carismas y ministerios, armonizados en la

misión, es fuente de vida y de transformación. La iglesia actual está valorando la diversidad y está diseñando, con mucho más conocimiento de causa que en el mismo concilio Vaticano II, la eclesiología de la comunión.

Pero el lenguaje ha cambiado porque también la realidad (y no sólo la reflexión teológica) ha cambiado. Desde hace años, estamos asistiendo a un fenómeno que no es rigurosamente nuevo, pero que se está viviendo con aires de novedad: experiencias de vida y de misión en las que creyentes con distintas vocaciones (laicos, presbíteros, religiosos) y, en ocasiones, hasta agnósticos o creyentes de otras religiones, comparten de cerca un camino. A veces se trata de comunidades de vida en las que se sigue un ritmo común de oración, trabajo, celebración y formación. Otras, de procesos formativos comunes que preparan para una

misión común, como los que están siguiendo, por ejemplo, varias congregaciones religiosas y los laicos que colaboran con ellas. Hay también hermosas experiencias de misión compartida en zonas pastorales (parroquias, misiones, etc.) en las que algunos de los cristianos implicados viven procesos comunes. Y también fenómenos asociativos de distinto signo que surgen de grupos de antiguos alumnos, de ONGs vinculadas a institutos religiosos, etc<sup>1</sup>.

## ***2. Una nueva manera de entender y vivir la comunión eclesial***

Examinando estas experiencias y la reflexión teológica que las precede y acompaña, caemos en la cuenta de que se ha producido un gran cambio en la manera de entender y vivir la comunión eclesial. Si en el medioevo la iglesia era considerada como una realidad formada por diversos estados de vida cristiana, estados bien delimitados y jerarquizados, hoy nuestra sensibilidad cultural es muy diferente. Hoy consideramos a la iglesia como una gran comunión de los diferentes, en la que se produce un admirable intercambio de dones. Más que de «estados de vida» preferimos hablar de «formas estables de vida». Sabemos que lo fundamental no es ni el estado, ni la forma, sino la vida.

Entender la iglesia como una comunidad de vida, una *biocenosis*, hace que todo lo que ella realice, se haga en comunión de vida y de sus formas. Jesús dijo: *Yo soy la Vida*. A quien quería seguirlo, le invitó a *entrar en la Vida*. El cuarto evangelio encuentra la quintaesencia de todo en la vida que se nos ha dado, que es vida sobrea-bundante, vida eterna. ¡Esta es la raíz de la misión compartida! ¡La vida compartida! No podemos vivir en la iglesia los unos sin los otros. Solo la comunidad de vida nos hace vivir en plenitud, con todos los resortes necesarios para tener vida abundante.

Por eso, hoy sabemos que no se vive la existencia cristiana en compartimentos estancos, en estados de vida cristiana bien delimitados y separados. Al contrario, la eclesiología de la comunión nos pide el mutuo reconocimiento y la mutua relación para descubrir no solo las otras formas de vida, sino para encontrar la auténtica identidad de nuestro peculiar don.

La eclesiología de comunión nos pide hacer de la vivencia de la fe una auténtica con-vivencia, de la vocación una auténtica con-vocación, de la espiritualidad una auténtica espiritualidad común, del sacerdocio un sacerdocio común, de la misión, una misión compartida.

1 Cf F. VIDAL FERNÁNDEZ, Asociacionismo religioso laico vinculado a congregaciones religiosas: «Vocación, incorporación y misión: CONFER 157 (2002), 19-44.

### 3. Modelos diferentes de misión compartida

Cuando examinamos las diversas experiencias de misión compartida que se están dando descubrimos tres modelos principales, atendiendo al grado de participación de las diversas formas de vida.

La *ayuda esporádica*: los laicos son llamados a ofrecer servicios concretos, pero sin participar auténticamente en la misión; son únicamente meros coadjutores de las tareas, bien sea eclesiales o carismáticas.

La *colaboración*: los laicos son llamados a participar en la misión de manera cualificada; con ellos se dialoga, se proyecta, se llevan a cabo las iniciativas; pero los presbíteros dirigentes o los responsables de los institutos religiosos se reservan el derecho a diseñar la línea que hay que seguir: ellos son los responsables, institucionales y económicos, de todo; los laicos son colaboradores, pero no tienen ningún derecho de propiedad sobre la misión.

La *co-participación*: este modelo reconoce que de acuerdo con nuestro común bautismo-confirmación, todos somos sujetos de la vida y misión de la iglesia, dotados de la misma dignidad y responsabilidad; por lo tanto, nadie puede monopolizar la misión; todos so-

mos sujetos de ella, si bien, cada uno desde su propio carisma y ministerio. Se reconoce también que el don carismático de los institutos religiosos ha sido concedido a otros creyentes que no pertenecen a la vida religiosa, a hombres y mujeres de la forma de vida seglar y laical; desde ese planteamiento común —compartir el mismo carisma— se dan pasos para formar una auténtica familia y compartir la misión carismática en plan de igualdad, de mutua colaboración y referencia.

#### Questionario para el trabajo personal y de grupos

1. Desde tu experiencia personal, ¿qué razones principales nos han impulsado a plantear hoy la evangelización en clave de «misión compartida»?
2. ¿Estás de acuerdo con la visión de iglesia que implica la misión compartida? ¿Qué te parece más importante?
3. ¿Cómo entiendes la misión específica de los laicos dentro de la misión compartida?

### ¿QUÉ IMPLICA PARA NOSOTROS LA MISIÓN COMPARTIDA?

Después de haber aclarado lo que significa la «misión compartida», exploramos ahora las implicaciones que puede tener para nosotros.

¿Podemos hablar de la «misión compartida» como de un itinerario espiritual que está transformando a las personas y, como consecuencia, a las instituciones? Dicho de otro modo: ¿Constituye la «misión compartida» un modo nuevo de vivir la fe en el contexto de sociedades que modulan lo religioso en claves muy personales y que sienten recelo de la excesiva institucionalización de la iglesia?

Las preguntas son sencillas, pero las respuestas no aparecen con claridad. Ha transcurrido todavía poco tiempo. En cualquier caso, todo proceso de transformación (y éste, sin duda, lo es) implica un éxodo, salir de una situación dada, ponerse en camino. Todo éxodo supone, a su vez, un riesgo. Esto significa que sin salir de la situación en la que se encuentran muchos institutos y sin asumir los riesgos del camino, la «misión compartida» no puede ser considerada un itinerario de transformación sino simplemente una estrategia de supervivencia. He aquí la encrucijada que se presenta ante nosotros si queremos tomar en serio esta realidad y no sucumbir al encanto de las palabras.

Para iluminar esta encrucijada buscaremos inspiración en algunas «recomendaciones misioneras» de Jesús dirigidas a sus discípulos y en varias experiencias significativas de diversos grupos de cristianos (seglares, religiosos y presbíteros) que desde hace unos cuantos años están viviendo caminos de misión compartida y con los cuales me ha

sido posible establecer un contacto directo. A partir de ambas referencias, propongo un itinerario en torno a cuatro realidades: la relación, la acción, la pasión y la oración. Las cuatro son dimensiones de lo que entendemos por «misión» y las cuatro se transforman y nos transforman cuando las compartimos.

Me siento muy agradecido a todas las personas que con su estilo de vida me han hecho ver por dónde puede ir el futuro, me han ayudado a formular preguntas y han compartido conmigo algunas de sus tentaciones y muchas de sus promesas.

### **Primera recomendación**

**«LOS ENVIÓ DE DOS  
EN DOS» (Lc 10,1)  
(Compartir la relación)**

#### ***1. Abiertos a la vida y sus relaciones***

La experiencia de misión compartida nace de una vida compartida. En esto coinciden todos los que están viviendo con intensidad procesos de este género. Recuerdo un encuentro mantenido en noviembre de 2001 con un grupo de creyentes (un presbítero diocesano y varios religiosos, religiosas y laicos) que viven la misión compartida en el Barrio Girón de Valladolid. Al hacer balance de su experiencia, todos reconocían que no se puede compartir la misión sin compartir la vida. Quizá era el acento más fuerte. ¿Qué querían decir con eso?

En ocasiones, compartir la vida significa vivir bajo el mismo techo y llevar un ritmo doméstico común. Este es el caso, por ejemplo, de la comunidad del «Centro Bíblico» en Quibdó (Colombia) y, con algunos matices, de la comunidad de «Pueblo de Dios», en Huelva. Pero, por lo general, no es frecuente que se llegue a este grado de vinculación entre seglares, religiosos y presbíteros seculares. Compartir la vida significa, sobre todo, entrar en un nuevo juego estable de relaciones. Más aún: significa valorar a las personas no en función de su rol (ni siquiera de su rol misionero) sino por su condición personal. Esto supone un significativo cambio de perspectiva. A menudo, en nuestros lugares de misión (parroquias, colegios, centros asistenciales, etc.) establecemos entre nosotros y con los laicos un tipo de relaciones que, aun siendo cordiales, privilegian la funcionalidad sobre la fraternidad. La «misión compartida» pretende superar esta reducción. No quiere limitarse a compartir un trabajo para mejorar la productividad. Aspira a entrar en el flujo de la vida y a comunicar vida. Ha descubierto la importancia de la persona singular, de su situación, de sus problemas, de sus sueños, de sus contradicciones.

Este descubrimiento suele expresarse, por ejemplo, en la celebración comunitaria de acontecimientos significativos de las personas (onomásticos, matrimonio, profesión religiosa, ordenación presbiteral) y también en múltiples de-

talles que indican cercanía, preocupación (llamadas telefónicas, encuentros informales, consultas). Celebrar la vida del otro es reconocer que el otro es un don para mí, no un competidor ni siquiera un simple compañero. Es descubrirlo en lo más valioso que tiene: la vida y sus encrucijadas. Pero esto es sólo el comienzo. Compartir la vida implica también compartir los proyectos personales de cada uno y revisar su marcha, acompañar el propio itinerario espiritual al de las personas con las que se camina. Conozco un caso en que el presbítero diocesano, párroco del lugar, recibe los proyectos personales de los miembros de una comunidad religiosa masculina. Es un signo de esta preocupación de unos por otros, de un crecimiento acompañado.

En el fondo de todo –y esto es lo que ahora nos interesa subrayar– hay un descubrimiento de primer orden: ¿Qué misión puedo realizar si no he vivido la aventura de encontrarme con el «otro» que está a mi lado en cuanto persona? Si el «otro cercano» no llega a ser para mí un «rostro significativo» –por utilizar la conocida expresión de Levinas– el «otro lejano» será sólo objeto de acción, de atracción, de rechazo, pero no sujeto de encuentro. Y la experiencia de Dios de la que quiero ser testigo correrá el serio riesgo de quedar reducida a una comunicación ideológica, perdiendo su esencial carácter de «encuentro interpersonal». He aquí una de las principales transforma-

ciones que se suelen dar en las experiencias de misión compartida y que es como el fundamento de todas las demás.

## 2. El desafío afectivo

El hecho de compartir la vida en niveles cada vez más profundos tiene una indudable repercusión en la forma de entender y vivir la afectividad. Las personas (tanto los laicos como los consagrados) se ven impulsadas a revisar su modo de vivir el binomio *cercanía-distancia* que caracteriza toda relación. Y es aquí donde se producen algunos de los cambios más significativos, cambios que en ocasiones transforman la manera como las personas han entendido y vivido su vida afectiva hasta ese momento.

En el ámbito de la misión compartida la *cercanía* se expresa de muchas maneras. Hay encuentros y diálogos en los que no sólo se abordan asuntos de trabajo o discusiones ideológicas sino que se compar-ten sentimientos, confidencias. Este es ya un paso de gigantes, porque, en una dinámica de grupo normal, es difícil traspasar el nivel de la información o de la opinión. Aquí se entra en el terreno de la intimidad. Para un célibe no resulta fácil compartir su interioridad con célibes de otro sexo o con seglares que viven en pareja. Al principio suele darse un bloqueo o una reacción defensiva. Pero, cuando se supera esa fase, se produce un sorprendente descubrimiento de los propios fondos afectivos. Y, de entrada, sobre todo

en el caso de los religiosos, se establece una comparación espontánea -y, a menudo, injusta- entre el nivel de intimidad logrado en este clima de «misión compartida» y la frialdad que puede darse en la propia comunidad religiosa. No es conveniente dejarse llevar del primer entusiasmo porque las cosas no son tan sencillas, pero la comparación surge inevitable. Es frecuente que religiosos que han vivido una afectividad reprimida descubran un panorama nuevo en contextos en los cuales las personas comunican su intimidad y hablan con libertad de su cuerpo, de sus afectos, de sus miedos, de sus deseos. En este punto se da una gran semejanza con lo que se vive a menudo en el seno de los movimientos. No es de extrañar entonces que aparezcan algunos «conversos», entusiastas del papel esencial que juegan los sentimientos, dispuestos a descerrajar los cofres de la intimidad de sus hermanos o hermanas a cualquier precio, sin caer en la cuenta de que toda comunicación de la intimidad es un fruto gratuito y no el resultado de un chantaje.

La *distancia* se manifiesta en forma de respeto a la diferencia de sexo, de edad, de ritmo vital, de vocación, de nivel formativo. La misión compartida tiene en este campo unas grandes exigencias. Por su misma naturaleza, no se desarrolla en grupos homogéneos sino en grupos heterogéneos en los que el respeto a la diversidad es esencial. Esto pone a prueba la pro-

pia capacidad de distinguir lo importante de lo secundario así como el equipamiento para saber tratar a cada persona en su singularidad y para saber abordar situaciones en las que no es posible controlar todas las variables. Una de las dificultades más serias que he encontrado en algunas comunidades es precisamente la falta de un respeto suficiente a la diferencia. El entusiasmo comunitario fuerza a veces conductas que, por su violencia afectiva, no pueden ser duraderas.

Naturalmente, cuando se comparte la vida, cuando se experimenta el suave vértigo de la intimidad, se producen toda suerte de *fenómenos colaterales*: transferencias, enamoramientos, celos, rencillas, desinterés, sospechas, intracritica. No hay que pasar por alto estos fenómenos, aunque sólo sea porque ofrecen extraordinarias posibilidades de crecimiento personal y comunitario. Un religioso que vive en comunidad con laicos (hombres y mujeres) desde hace más de diez años me confesó que en ese clima comunitario no tenía los problemas de castidad que tenía antes. Es probable que con esa afirmación —que, por cierto, sigue denotando un sabor un poco ranciosquisiera referirse a que había encontrado una forma concreta y variada de encauzar su capacidad de amar y que, por tanto, no esta-

ba expuesto a las compensaciones del reprimido. Pero, en la práctica, las cosas suelen ser más complejas. En el programa de formación permanente de una de las comunidades a la que antes aludí, uno de los temas desarrollados durante un trimestre fue precisamente el de la educación afectiva. La experiencia de varios años les había hecho descubrir la necesidad de «poner nombre» a lo que estaban experimentando en su nueva vida afectiva y de descifrar su significado.

¿Se puede enamorar una religiosa del laico joven que coordina la pastoral infantil? ¿Qué pasa cuando el párroco empieza a sentir celos de esa mujer de mediana edad que organiza con gran competencia el departamento de Cáritas y que parece estar orillándolo del control directo? ¿Por qué a veces la comunicación de la intimidad genera dependencias que, en vez de liberar, acaban ahogando? ¿Tiene sentido vivir en comunidades de celi-bes cuando la vida compartida en pareja ofrece muchas posibilidades de querer y de ser queridos?

Los problemas desembocan a menudo en verdaderas crisis. Los religiosos se ven obligados entonces a preguntarse por el significado de su celibato<sup>2</sup>, por su capacidad para emprender relaciones personales

---

2 Cf C. DOMÍNGUEZ, La aventura del celibato evangélico. Sublimación o represión. Narcisismo o alteridad, (Frontera-Hegian 31), Instituto Teológico de Vida Religiosa, Vitoria 2000.

que no funcionen siempre con el freno de mano echado, pero que tampoco sean la compensación egoísta de quien incorpora a los otros para sí, pero no sabe donarse. Los que están casados o se preparan para el matrimonio caen la cuenta de que el aprendizaje del amor requiere muchos más elementos que la atracción, descubren ese vecino incómodo que es el «celibato» y sus desproporcionados horizontes de incondicionalidad.

Es decir, se les ofrece una verdadera oportunidad a unos y a otros para madurar afectivamente, para aprender a no vivir de las seguridades que da un recinto estrecho, para ajustar la autoimagen, para dejarse cuestionar por la voz de «los otros», para caer en la cuenta del narcisismo latente, de la agresividad, del poder de seducción, del miedo, que cada uno almacena en su bodega. Y, por supuesto, para aprender a entregarse de una manera realista y continuada, en el juego de los intercambios heterogéneos. En este sentido, la misión compartida provoca una inquietante sacudida de los fondos afectivos y estimula a vivir de manera más auténtica.

### **3. La fuerza del testimonio comunitario**

En la misión compartida se experimenta la verdad del salmo 132 («Ved qué dulzura, qué delicia, convivir los hermanos unidos») y del dicho de Jesús sobre la misión «de dos en dos» (cf Lc 10,1). Donde hay

vida compartida se redescubre una y otra vez la *belleza* de vivir unidos y el poder de atracción que esta experiencia tiene. Sí, es hermoso vivir unidos. Y más hermoso todavía cuando esa vida se enriquece con personas de distinto sexo, edad y vocación cristiana. No deberíamos menospreciar el valor de la belleza por más que las rutinas o las frustraciones comunitarias nos hayan vuelto escépticos. La misión compartida, antes de ser una propuesta de acción, es, en sí misma, una experiencia transparente, que visibiliza la relación que es Dios mismo y que, sin ningún género de hipérbole, prefigura el tipo de mundo con el que soñamos. Esta prefiguración incluye, naturalmente, los límites y deficiencias. Quizá esto explica por qué este tipo de comunidades son tan sensibles a la fiesta, a la celebración de las pequeñas cosas de cada día y de los acontecimientos que afectan a las personas, incluso a la liturgia, como lugar en el que se produce el encuentro más profundo, la toma de conciencia de la comunión más radical.

Pero no sólo eso. La misión compartida, además de reflejar la belleza que es Dios mismo, uno y diverso, tiene un especial *valor probatorio*. La comunidad atestigua la verdad del evangelio porque muestra, en su misma existencia, que el poder reparador del perdón (en el que se cimienta toda experiencia comunitaria genuina) es más poderoso que el poder disgregador del egoísmo. Lo que noso-

tros podamos anunciar lo estamos mostrando humildemente en el hecho mismo de nuestra existencia como comunidad que comparte una misión. Compartir la misión es el fruto de muchos egoísmos derrotados en el proceso, es un canto de victoria sobre el egocentrismo que nos repliega sobre nosotros mismos. El olvido de esta verdad –que responde a un mandato expreso de Jesús– nos conduce a frecuentes fracasos en la misión. Alimenta el espejismo de que «si yo lo hago bien solo, no merece la pena pagar el precio de que salga peor simplemente por el hecho de hacerlo con otros».

Todavía es posible dar un paso más. La misión compartida, entendida como vida compartida, visibiliza simbólicamente la *presencia* del Señor, hace verdaderas las palabras de Jesús: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí yo estoy yo en medio de ellos» (Mt 18,20). La convicción de que Jesús está presente donde se comparte la misión «en su nombre» debería ser motivo suficiente para alentarnos en este camino y para dar paso a una espiritualidad decididamente comunitaria. Esto sí que supone un signo nuevo y una profunda transformación con respecto a nuestra manera individualista de entender la misión.

La misión compartida, finalmente, hace que se perciba la *biodiversidad eclesial* y que en esa biodiversidad maduren los carismas y dones de cada uno. Es sabido que los mono-

cultivos acaban produciendo esterilidad. Por el contrario, el juego que se produce cuando se comparte la misión engendra vida. Estimula, incluso, la creatividad. Abre paso a nuevos modos de transmitir el evangelio en nuestro tiempo. En este sentido, la misión compartida puede ayudarnos a superar ese suave pesimismo de quien cree que ya no queda nada por hacer, simplemente porque ha perdido su capacidad de fecundidad. El intercambio que se da en el seno de la misión compartida afecta a la creatividad teológica, a la pastoral, a la espiritualidad, a la liturgia. Y también –aunque tengo la impresión de que más lentamente– al modo de entender y vivir las relaciones con la sociedad. Tendremos ocasión de volver sobre este punto un poco más adelante.

#### Segunda recomendación

**«GRATIS LO RECIBISTEIS,  
DADLO GRATIS» (Mt 10,8)  
(Compartir la acción)**

#### 4. La difícil búsqueda y el difícil diálogo

La misión compartida, que es vida compartida, implica también compartir la acción. Esto supone mucho más que realizar tareas juntos. Empuja, sobre todo, a buscar en común y a practicar un diálogo de vida que va más allá del diálogo de palabras. La búsqueda propia de la misión compartida se enriquece con las perspectivas de las diversas vocaciones.

Por lo general, los *laicos* tienen un sentido de la realidad que afecta directamente a la concepción del tiempo, de los recursos económicos, de los vínculos familiares, de las mediaciones técnicas. Sin «plantar la tienda» en estos suelos la evangelización corre el riesgo de no transformar nada.

Los *religiosos y presbíteros*, por su parte, han desarrollado una particular sensibilidad religiosa y en muchos casos una tendencia utópica que no se aquieta con los pequeños logros de cada día. Si esta sensibilidad no es evasiva, permite mantener en primer plano la referencia teológica que da sentido a toda misión.

Cuando la búsqueda sabe mantener en tensión ambos polos se encuentran más caminos y es posible un discernimiento más afinado de los signos de Dios en nuestra realidad. Esto es apasionante, pero presenta problemas. Uno de los más frecuentes es *sustituir el diálogo por las consignas*, como sucede en algunos movimientos eclesiales. Las palabras de los líderes, lejos de estimular la búsqueda de todos, la suplantán, adquieren el tono de un oráculo que hay que cumplir a toda costa. Las consignas sirven para coordinar una acción. A corto plazo, resultan eficaces porque cohesionan a un grupo, pero a la larga no contribuyen a crear itinerarios de maduración personal porque bloquean la capacidad de analizar la realidad y de

afrontarla personalmente. Las experiencias de misión compartida deberían ser conscientes de este riesgo para no incurrir en él.

Un segundo riesgo es el *abuso de las estructuras de intervención*. Recuerdo muy bien la sensación de agobio que he tenido en ocasiones cuando me ha tocado participar en sesiones interminables de «diálogo» que acababan hastiando a los participantes. A veces, el error consistía en confundir participación con intervención; otras, en no articular convenientemente las competencias de las personas o en no precisar los objetivos; otras, en sucumbir a un asambleísmo que en los tiempos iniciales parece necesario, democrático, pero que poco a poco se torna insoportable; otras, finalmente, en una dificultad más profunda de abrirse a los demás y de no preocuparse sólo de defender la propia opinión.

Naturalmente, dejar todo al «libre mercado» de las iniciativas individuales acaba haciendo de las personalidades más fuertes pequeños dictadores que matan la esencia misma de la misión compartida. Esto nos lleva directamente al asunto de las competencias y del liderazgo.

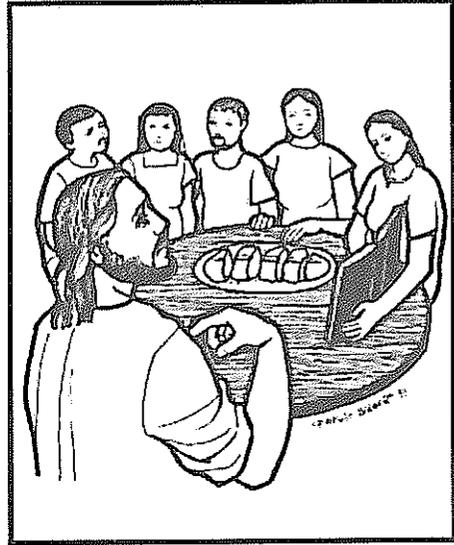
### **5. El juego de los liderazgos y competencias**

En toda acción compartida se ponen en juego competencias y roles. De su articulación depende, en buena medida, el resultado de

la acción. La práctica nos muestra que en este terreno se dan excesos y deficiencias. Hay grupos tan organizados que acaban sufriendo el peso de una *excesiva burocratización*. Se los puede identificar con facilidad. Cuando se les pregunta por la misión que están llevando a cabo, enseguida ponen sobre la mesa planes, programas, organigramas. Sobre el papel, todo está previsto. Quizá no caen en la cuenta de que, bajo ese envoltorio, han reducido la complejidad de la vida a la complicación de los programas. Se exponen a crear anticuerpos y a que, en un plazo no muy largo, surja entre sus miembros una alergia insuperable a todo programa.

Pero el fenómeno contrario no es menos preocupante. En algunos de estos grupos de «misión compartida» se ha sacralizado de tal manera el carácter espontáneo de los carismas que todo se deja a la *inspiración del momento*; es decir, al imperio de las personalidades más arrolladoras o de los líderes más reconocidos. Esto supone pérdida de energías y una gran insatisfacción.

Se abre aquí otro campo desafiante para la misión compartida. ¿Cómo se reconocen las diversas competencias? ¿Cómo se ejerce el liderazgo? De manera más concreta, ¿cómo se interpretan y se vi-



ven los diversos ministerios, incluido el ministerio ordenado?<sup>3</sup>. Hay una tesis eclesiológica que afirma que «a mayor madurez en la experiencia de misión compartida, mayor aprecio de los diversos carismas y ministerios». Pero esta tesis no siempre parece verificarse en la práctica. La misión compartida es un Jordán en el que se confirma la propia vocación, pero es también un desierto donde tienen lugar variadas tentaciones.

La tentación del *ministro ordenado*, por ejemplo, es extender su responsabilidad pastoral a todas las áreas, ejerciendo una especie de autoridad omnimoda sobre el acompañamiento de las personas, sobre la gestión de las obras (incluyendo su dimensión económica) y sobre la estrategia

3 CfG. URIBARRI, Religiosos y laicos en una iglesia comunión: CONFER 157 (2002) 113-151.

pastoral, como si el sacramento del orden le otorgara la plenitud de todos los carismas. En la lengua hablada disponemos de un término para designar esta enfermedad: clericalismo. No es ahora el momento de examinar sus raíces inconscientes.

La tentación del *laico* es creer que la igualdad de todos hace innecesaria la diversidad de ministerios. En algunos casos, la mayor tentación es combatir el clericalismo con una especie de «seglarismo» revanquista.

Quizá la tentación de los *religiosos* es creer que su vocación ya no tiene ningún sentido, que es más atrayente ser un buen laico que un religioso descafeinado. O la tentación de difuminarse para no estorbar la fraternidad.

Afrontar nuestras tentaciones en el juego de una relación amplia nos permite descubrir lo más genuino de nuestra particular vocación y nos estimula a desprendernos de muchas adherencias que no nos dejan vivir con autenticidad. También aquí la misión compartida se revela positiva.

En este contexto se inserta el recurrente tema de *la situación de la mujer en nuestra iglesia*. Me temo que a un machismo secular le está sucediendo ahora un feminismo agresivo o una actitud de simple resignación. Todos estos fenómenos surgen de la misma raíz: la in-

capacidad de vivir relaciones verdaderamente recíprocas. Y, en el fondo, la dificultad de aceptar nuestra propia condición sexuada. El asunto, pues, nos lleva mucho más allá del simple terreno competencial. La misión compartida nos ofrece la oportunidad de abrirnos a un nuevo modelo de relación en el que, sobre la base de la reciprocidad, cada uno podamos madurar nuestra propia condición sexual. No me cabe duda de que cuanto más avancemos en esta dirección más iremos superando – incluso institucionalmente – muchos vestigios machistas, o sencillamente anacrónicos e injustos, que todavía perviven en nuestra iglesia, como por ejemplo: la escasa presencia femenina en los órganos eclesiales de discernimiento y decisión, la presentación idealizada de la mujer religiosa como modelo de entrega y fidelidad, la manera especulativa de hacer teología, etc.

## 6. *A vueltas con la eficacia*

En la «acción compartida» nos enfrentamos también a la cuestión de la eficacia. En conexión con una de las preguntas que nos formulábamos al principio, es preciso reconocer ahora que esa forma específica de misión compartida que es la colaboración entre religiosos y laicos ha surgido en muchos lugares como consecuencia de la escasez de religiosos. Esto se suele negar repetidamente, se invocan argumentos provenientes de la eclesiología de comunión, pero lo cierto es que la escasez de religio-

sos y la necesidad de mantener sus obras ha sido, cuando menos, la *ocasión* para que esa eclesiología eche a andar. En el origen de lo que hoy llamamos misión compartida hay, pues, aunque no sólo, una razón de eficacia. No tendríamos que poner ningún reparo a esto si esa eficacia se entendiera en clave evangélica y no meramente en clave productivista (máximo rendimiento con mínimo coste), como sucede con frecuencia.

La verdadera misión está llamada a producir frutos. Pertenece a su misma dinámica. Ahora bien, una cosa es producir *frutos* y otra muy distinta fabricar *productos*.

- *Producto* es todo lo que hacemos para mejorar nuestras condiciones de vida: cocinar una paella, fregar los platos, ir al mercado, escribir un libro, arreglar una tubería o conducir un taxi.
- *Fruto* es cualquier acción humana encaminada a desarrollarnos en cuanto personas, cualquier crecimiento de libertad, responsabilidad, belleza, fraternidad, etc.

En general, en nuestra sociedad productivista, valoramos más los productos que los frutos. Por ejemplo, de una persona que es capaz de hacer muchas cosas solemos decir que es muy «productiva». Hasta tal punto damos importancia a esta capacidad de producir que con frecuencia, al referirnos a las personas, lo hacemos subra-

yando sus cualidades de producción: «Te presento a Luisa, que es la jefa de planta de esta clínica». Da la impresión de que somos lo que hacemos. Quien no produce está condenado a vivir al margen.

Cuando confrontamos esta manera de conducirnos con la Palabra de Dios nos llevamos algunas sorpresas. Jesús no es un vago, aunque mucho me temo que con los criterios actuales de productividad bien podría entrar en la categoría de «vagos y maleantes». Y, sin embargo, no nos ha pedido que produzcamos muchas cosas sino que vayamos y demos *fruto* abundante y duradero (cf *Jn* 15,16). Nos ha indicado con claridad la condición básica para ser fructíferos: «El que permanece unido a mí, como yo estoy unido a él, produce mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada» (*Jn* 15,5). Estas palabras nos obligan a preguntarnos por la calidad evangélica de lo que entendemos por «acción compartida». Por una parte, el ambiente en el que vivimos nos impulsa a ser productivos: «Tanto produces, tanto vales». Estimula continuamente nuestra capacidad de hacer cosas en una imparable carrera competitiva. Por otra, la experiencia nos dice que los cambios más radicales no son siempre consecuencia de lo que nosotros hacemos.

La misión compartida resultará transformadora si no sucumbe a la tentación de hacer muchas cosas y si acentúa la dimensión de *gratuidad*, que es una dimensión

evangélica totalmente contracultural. La gratuidad parte de la experiencia personal y comunitaria de que somos salvados por gracia, no por nuestras obras. Esta experiencia central del cristianismo, revolucionaria en todo tiempo, adquiere en nuestro contexto auto-suficiente una importancia capital. Nosotros no podemos presentarnos en sociedad como ejemplos de conductas irreprochables (entre otras razones porque la práctica lo desmiente a cada paso). ¡Se nos invita a ser testigos de una gracia salvadora! En otras palabras: no somos salvadores que puedan presumir de sus fuerzas sino salvados que reconocen que su existencia es fruto de la gracia.

A un salvado lo primero que se le pide no es que haga muchas cosas desenfrenadamente sino que muestre los signos de la salvación: alegría, gratitud, ganas de vivir, esperanza, coraje. Estos signos tienen una fuerza contagiosa extraordinaria.

¿No debería caminar en esta dirección la misión compartida? El objetivo, pues, no es cubrir con más gente (religiosos y laicos) los huecos que van dejando los que desaparecen, sino testimoniar la alegría que nos produce vivir juntos una experiencia de gracia, de la que surge un talante agradecido y gratuito. Llegamos así al núcleo del texto bíblico que inspira este segundo paso de nuestro itinerario: la gratuidad. Sabemos que gratis, lo que se dice gratis, sólo se da lo

que vale mucho o lo que no vale nada. Nosotros estamos llamados a dar gratis, no las sobras de nuestra vida, sino lo más valioso que hemos recibido: la experiencia de ser queridos incondicionalmente por Dios «cuando aún éramos pecadores» (Rm 5,8). Esta gratuidad, que nace de la gracia, se manifiesta en un determinado estilo de vida y de misión. Testimoniar la gratuidad de Dios en un mundo en el que prácticamente todo se compra y se vende, incluidas las relaciones humanas, supone ofrecer un modelo de vida alternativo.

No resulta difícil imaginar algunas de las consecuencias de este planteamiento. La más radical no se refiere al uso del dinero (prácticamente imprescindible en nuestra sociedad) o de medios cualificados sino al hecho de entregarnos sin buscar recompensa, ni siquiera la de una mayor productividad apostólica. Sin este talante la misión compartida no podrá hacer frente a asuntos muy concretos: los salarios de los que se dedican a tiempo pleno a la misión, los criterios de rentabilidad de las inversiones, la distribución de tareas, etc. Naufragará en la batalla de los derechos y deberes.

#### **Cuestionario para el trabajo personal y de grupos**

4. Desde tu experiencia personal, ¿crees que tu tarea evangelizadora implica *compartir la vida* o se reduce, más bien, a una activi-

dad profesional? ¿Qué repercusiones afectivas tiene para ti?

5. ¿Qué problemas principales, en cuanto al ejercicio de las *competencias y del liderazgo*, has experimentado? ¿Cómo crees que deberían plantearse y resolverse estos problemas desde la misión compartida?
6. ¿Cómo entiendes la *eficacia del evangelio* en un contexto social como el nuestro? ¿En que sentido la misión compartida nos ayuda a ser más eficaces en la evangelización?

### Tercera recomendación

**«TODOS OS ODIARÁN POR CAUSA MÍA» (Mt 10,22)**  
(Compartir la pasión)

## 7. Los problemas internos

Es inimaginable una «misión compartida» que no experimente la prueba. Todo anuncio del evangelio se abre paso entre contradicciones. En todas las épocas somos enviados «como ovejas en medio de lobos», también en las épocas, como la nuestra, en las que la misión se entiende como un diálogo con la sociedad y no como una cruzada.

Pero no hay que olvidar que la pasión comienza dentro. A veces reviste la forma de problemas internos. Cuando preguntas: «¿Qué

tal os va?» y oyes eso de: «Tenemos algunos problemas», ya se sabe que la respuesta alude normalmente a problemas internos. Estos son de diverso tipo. Los más graves tienen que ver con la *pérdida del sentido* de lo que se vive y de lo que se hace, con el olvido de que todo camino tiene sus etapas y peajes. La misión compartida suele suscitar, de entrada, un gran atractivo porque supone un aire fresco, una ampliación de horizontes, una impresión de novedad. Pero los desafíos a los que tiene que enfrentarse son muy grandes. Compartir significa siempre morir a uno mismo. Y esto supone sufrimiento. Conozco el caso de una congregación religiosa que está atravesando momentos críticos al comprobar que la relación con los laicos no puede reducirse a una mera colaboración sino que exige dosis cada vez mayores de responsabilidad. Entonces aparecen las preguntas esenciales: ¿Queríamos llegar hasta aquí o, en el fondo, los laicos nos interesaban sólo en la medida en que nos echaban una mano para afrontar nuestras carencias? ¿Cuál es el verdadero sentido de la misión compartida?

Una segunda fuente de problemas internos brota de las *relaciones*. Hemos aludido a ello en la primera parte al hablar de compartir la vida. Tarde o temprano llega el momento en que los dirigentes no se entienden o en el que surgen diversas líneas o corrientes entre los implicados. De entrada, cuesta aceptar que se den estos fenóme-

nos. Parecen contrarios a una misión compartida y, sin embargo, suelen ser elementos del camino. Cuando se dan, se buscan culpables, se pierde la espontaneidad en el diálogo, se abusa de la ironía, empiezan a surgir las amenazas: «Si esto sigue así yo lo dejo». Aquí es donde la larga experiencia de los institutos religiosos tendría que manifestarse en forma de paciencia, de apoyo y hasta de buen humor. Nada importante se logra de la noche a la mañana. Los proyectos se miden por la capacidad de ir afrontando y resolviendo los problemas que surgen.

Estos momentos de pasión interna son inherentes a todo itinerario. No deberíamos sorprendernos demasiado. Lo importante es ver cómo se abordan desde la misma dinámica de la misión compartida, que no es otra que el *diálogo* (en el que se clarifican los objetivos, las actitudes y en ocasiones las conductas) y el *perdón* (que es capaz de sanar las heridas y rehabilitar a las personas).

### **8. Los problemas externos**

A veces, los problemas tienen que ver con la realidad en la que estamos insertos. La misión compartida expresa la dinámica de un Dios que ama al mundo. Esta es la razón por la que vivimos, actuamos, hablamos, sufrimos. Lo que ocurre es que no siempre esta razón aparece con transparencia y no siempre es percibida así en todos los contextos y en todos los momen-

tos. De hecho, en nuestro ambiente concreto, hay una *sorda persecución social* que no debemos minimizar. Esta persecución no afecta tanto a los aspectos institucionales (trabas para la enseñanza, dosificación informativa de noticias escandalosas referidas a la iglesia, ridiculización del hecho eclesial, etc.) cuanto a las condiciones de posibilidad de la experiencia cristiana.

La verdadera persecución es la normalización social de un estilo de vida que dificulta la vivencia del evangelio. Quizá lo más humillante es que nosotros mismos participamos en la gestación de ese estilo que luego nos parece indeseable. Aspiramos a un modo de vida sencillo, armónico, y luego nos embalamos en un ritmo frenético, saturado de actividades, encuentros, programaciones. Nos gustaría no ceder al consumismo ambiental, pero nos vemos impelidos a disponer de medios cada vez mejores para llevar a cabo nuestros programas. Creemos que el evangelio tiene que ser fermento en las estructuras sociales, pero nos da miedo insertarnos en el campo de la política, de la economía, de los medios de comunicación y entretenimiento.

No resulta fácil compartir la misión en un ambiente impregnado de cultura cristiana y, al mismo tiempo, alérgico a los aspectos institucionales del cristianismo. La gran tentación consiste en hacer de las experiencias de misión compartida

microcosmos en los cuales se minimiza el impacto social y se crean climas cálidos y gratificantes. En estos casos no debemos olvidar que la misión, por su misma naturaleza, es siempre apertura, nunca repliegue narcisista o temeroso. El relato de Pentecostés (cf *Hch* 2,1-11) nos describe a una comunidad plural que pasa del miedo a un anuncio audaz. El paso es posible por la fuerza del Espíritu Santo. Ese es también el mensaje que Jesús da a los suyos para tiempos de prueba: «Cuando os entreguen, no os preocupéis de cómo hablaréis, ni de qué diréis. Dios mismo os sugerirá en ese momento lo que tenéis que decir, pues no seréis vosotros los que hablaréis, sino que el Espíritu de vuestro Padre hablará a través de vosotros» (*Mt* 10,19-20).

### 9. La «cruz de la misión»

Por debajo de los problemas internos o externos que podamos padecer (y que, a veces, son simple consecuencia de nuestra infidelidad), compartir la misión significa participar solidariamente de la cruz de Jesús. Existe un sufrimiento inútil provocado por un mal funcionamiento, pero existe un sufrimiento que es consecuencia lógica de la misma misión. Quien se da se vacía, se pierde. Este vaciamiento reviste dos formas principales: la *entrega carismática* y la *entrega misionera*.

Entiendo por *entrega carismática* la actitud de quien vive su propio carisma como una aportación a la

misión común y no como un modo de autoafirmación. La misión compartida sólo es posible cuando cada uno aprende a ser trigo enterrado para que los demás puedan crecer. Si yo me preocupo sólo de asegurar mi espacio como religioso o como ministro ordenado, probablemente no estaré dejando espacio para que mis hermanos y hermanas seculares puedan crecer. La cruz de la misión no consiste simplemente en aguantar con buen humor las dificultades de una vida compartida sino en algo mucho más profundo: en aprender a morir a nosotros mismos (personal e institucionalmente) para que los demás puedan vivir. El resultado no es el predominio de unos sobre otros sino la auténtica comunión. Cuando abrimos los ojos a la realidad nos damos cuenta de las dificultades que existen. Creo que hemos ido superando muchas rivalidades narcisistas entre institutos religiosos, pero



quedan todavía barreras que derribar: con los laicos, con las diócesis, con los movimientos eclesiales.

La *entrega misionera* se expresa en dar la vida por la misión sin estar condicionados por el éxito. Sería una trampa considerar la misión compartida como una estrategia para obtener un éxito evangelizador que ya no podemos lograr por separado. No estamos llamados al éxito sino a la fidelidad. Quien muere a sí mismo sabe que participa del paradójico «éxito» de Jesús. Lo que tenemos claro en la dinámica personal es aplicable a la dinámica de la misión compartida. No está asegurado que viviendo de este modo se hinchen las estadísticas que miden la práctica religiosa. La «cruz de la misión» pasa por vivir con autenticidad aunque no se perciba la recompensa de un refrendo social.

#### **Cuarta recomendación**

**«DONDE DOS O TRES SE  
REÚNAN EN MI NOMBRE,**

**ALLÍ ESTOY YO EN MEDIO  
DE ELLOS» (Mt18,20)  
(Compartir la oración)**

### **10. Orar con otro ritmo**

La transformación de un itinerario compartido afecta, finalmente, a la oración misma, al modo de cultivar la relación con Dios. A menudo, los primeros cambios se perciben en algo tan sencillo como el ritmo mismo de oración. Orar desde la mi-

sión compartida implica superar los ritmos típicos de la vida religiosa. Nuestra oración de la mañana y de la tarde se ajusta a unos horarios que no tienen en cuenta los horarios laborales de los laicos y sus compromisos familiares. En los grupos de misión compartida cobra una gran importancia la noche (frente a la mañana o a la tarde) y también los tiempos especiales: fines de semana, puentes, vacaciones, etc. La misión compartida no siempre puede ajustarse a un ritmo regular y cotidiano. Por eso inventa otros modos intensivos.

Me parece que estos modos se ajustan más al ritmo de vida que suele llevarse en la ciudad. Su gran ventaja es la posibilidad de vivir la oración con calma, con profundidad, fuera de programa, en conexión con lo que se está viviendo. El riesgo es no saber vincular estos momentos intensivos con los ritmos personales regulares y, sobre todo, perder el aspecto adorante de la oración hasta reducirla a una especie de puesta en común de las preocupaciones grupales. Si la oración de algunas comunidades religiosas corre el peligro de ser evasiva y de desentenderse de la realidad, la oración de algunos grupos de misión compartida corre el peligro de ser una simple proyección de los propios intereses, identificando sin más las experiencias de realidad con el encuentro con Dios. Este es un asunto en el que conviene ir de la mano de los hombres y mujeres de Espíritu y no sólo de los teólogos.

## 11. Orar desde otros lugares

El modo ordinario de oración de las comunidades religiosas es la «liturgia de las horas». Muchos laicos convenientemente formados disfrutaban también con sus contenidos y su método sobrio y hermoso. Pero hay un modo de orar típico de la misión compartida. Es la oración que surge en el contacto con las personas y las situaciones en el ejercicio de la acción evangelizadora. Reconoce los signos de la acción de Dios en esas situaciones. Busca iluminarlas desde la Palabra de Dios. Unifica la vida personal y la comunitaria. Alimenta el compromiso misionero en clave de «misión compartida».

Este modo de oración parte siempre de la *invocación al Espíritu*. Sólo el Espíritu de Jesús puede crear en nosotros una auténtica actitud orante que nos abra al misterio de Dios-Abbá y que nos unja para la misión.

La materia de la oración es la *realidad misma*. Los miembros de la comunidad suelen escoger algún hecho relevante de su experiencia misionera. A veces se trata de un acontecimiento referido a una persona (una enfermedad, una celebración, una crisis), al barrio donde se vive, a una comunidad eclesial, a la Iglesia en su conjunto o al mundo. Lo que importa es que se trate de un hecho concreto, describible, que afecte a la vida y misión de la comunidad.

Posteriormente, se escoge *algún o algunos textos de la Escritura* que puedan iluminar el acontecimiento descrito. Los participantes comparten lo que la Palabra ha suscitado en ellos y la luz que han descubierto para iluminar desde la fe ese acontecimiento. El propósito no es provocar una discusión exegética sino discernir juntos la presencia de Dios en la realidad.

La oración se remata con la *alabanza a Dios* por los signos de su presencia descubiertos en esa situación. Toda situación, por negativa que parezca, esconde siempre un destello del amor de Dios. Cuando no se reconoce esta huella se cae en la tentación del pesimismo o de creer que nosotros podemos arreglarlo todo.

Tras la alabanza y la acción de gracias viene la *intercesión*. La comunidad le presenta al Señor las necesidades de las personas implicadas en el acontecimiento que ha estado en el centro de la oración.

Si lo ha visto claro durante la oración, formula un *compromiso* en relación con la situación orada.

Este método parece sencillo y, sin embargo, en pocos lugares se practica a fondo. No estamos muy acostumbrados a conectar la Palabra que se nos manifiesta en la Escritura y la palabra que se esconde en la realidad. El hecho de

que se hable mucho de esto, sobre todo en algunos contextos, no significa que forme parte de nuestros hábitos. La misión compartida puede ser una verdadera oportunidad. Y, de hecho, lo está siendo. En ese contexto, los religiosos no deberíamos privar a los laicos de los elementos de belleza y gratuidad que nuestras seculares tradiciones nos han legado. Me refiero a la utilización de símbolos, cantos, silencios que equilibren los elementos discursivos y verbales. Si la oración pierde esta dimensión de belleza y de gratuidad, enseguida degenera en una suerte de autocomplacencia colectiva y, a la postre, acaba por considerarse inútil e innecesaria.

## 12. Orar con otros registros

Un laico perteneciente a la Comunidad de Vida Cristiana decía que para él la experiencia de espiritualidad compartida con la Compañía de Jesús le brindaba una manera de hablar de Dios, un camino para ir a Dios y una familia espiritual<sup>4</sup>. Es una buena manera de resumir los diferentes registros.

En la misión compartida, en efecto, se habla de Dios como el Dios-Abbá de una familia plural, diversa, que siente predilección por los hijos pródigos, tanto los que han abandonado la casa como los que viven dentro de ella con rigidez y

sin alegría. Se supera, pues, la imagen de un Dios solitario que se relaciona con ese solitario que somos cada uno de nosotros. Esto no significa olvidar la esencial soledad de todo ser humano o violar el misterio de nuestra unicidad sino contemplarlo desde el misterio de la comunión, que es la única perspectiva que le da su sentido último.

En la misión compartida se ofrece un camino para ir a Dios. Se trata de un camino «acompañado», trenzando nuestra vida con los demás. Este camino encuentra en la eucaristía su expresión sacramental. En todos los grupos de misión compartida con los que he entrado en contacto hay un aprecio extraordinario de la eucaristía, como si en ella vieran realizada plenamente la misión que están viviendo. Se podría decir que la espiritualidad de la misión compartida es una espiritualidad eucarística entendida dentro de un itinerario de fe y de misión como el que se condensa catequéticamente en el relato de los peregrinos de Emaús (cf Lc 24,31-45). Por eso, tampoco resulta extraño que este texto ilumine muchas de las experiencias que se están haciendo.

La misión compartida crea, finalmente, una familia espiritual. Todos los que caminan juntos hacia

4 Cf T. GÓMEZ, Espiritualidad compartida: la Comunidad de Vida Cristiana y la Compañía de Jesús: CONFER 157 (2002) 179-185.

Dios se sienten vinculados como hermanos y hermanas, no como socios de un club o como miembros de un comité. Esta es una de las experiencias que con más gozo viven los laicos que han comenzado a participar de la misión de Jesús según el patrimonio carismático de algunos institutos religiosos. Seguramente, este sentido de familia responde también a una necesidad humana de «pertenencia fuerte» en el seno de nuestras sociedades fragmentadas, en las que se dan muchas «pertenencias débiles».

#### **Cuestionario para el trabajo personal y de grupos**

7. Desde tu experiencia personal, ¿qué *dificultades internas y externas* experimentas para llevar a cabo una auténtica misión compartida?
8. ¿De qué manera la misión compartida podría transformar la manera como entendemos y vivimos la *oración y la liturgia*? ¿Tienes alguna experiencia en este sentido?
9. ¿Qué *actitudes* juzgas imprescindibles para comenzar o proseguir un camino de misión compartida?

## **CONCLUSIÓN**

Al final de nuestro recorrido podemos extraer varias conclusiones. La primera es que el camino de transformación que supone la misión compartida no puede compararse con el que sufre un vil gusano que, tras una fase de crisálida, se convierte en grácil mariposa, sino, más bien, con el de un *árbol* que, trasplantado a un jardín donde se cultivan varias especies, madura más y contribuye a crear un mejor ecosistema.

La segunda es que un itinerario de este tipo exige una *formación continua*. Si compartir la vida era un requisito imprescindible para compartir la misión, lo mismo cabría decir con respecto a la formación. En este terreno se están dando pasos de gigante. Conozco muchas experiencias en las que religiosos y laicos (y a veces, también presbíteros seculares) están compartiendo procesos formativos.

La tercera es que procesos de este calado pueden ir modificando el *rostro tradicional de los institutos religiosos* en una dirección que no es previsible, con tal de que asumamos el coste del camino y acentuemos las tres cualidades esenciales de todo caminante: esperanza, solidaridad y sentido de humor.